

La sabiduría del buen rey

Texto: 1 Reyes 3:4-15

El libro de Proverbios puede llegar a ser difícil escuchar en una dosis grande. Hay un número limitado de consejos que una persona puede tomar sin estar sobrecargada.

Como adultos a veces podemos caer fácilmente en la trampa de estar ofreciendo demasiadas advertencias de precaución a los jóvenes, algunos de nuestros consejos frecuentes a los hijos y jóvenes son:

Mantente alejado de esas personas, y no andes con el tipo de chicos que causan problemas. Levántate temprano; trabaja duro. Sé lento para la ira, controla tus acciones y pensamientos, piensa antes de actuar. Respeta a las personas mayores. Evita responder a los insultos con insultos. Y, por supuesto, ponte el cinturón de seguridad, no utilices el teléfono mientras conduces tu auto, haz ejercicio, duerme lo suficiente, estudia mucho, planifica con antelación, etcétera, etcétera, etcétera.

Como padre de familia, quiero lo mejor para mis hijos. Quiero que estén seguros y que mantengan la cabeza bien centrada en su futuro. Quiero que tomen el tipo de decisiones de las que no se arrepentirán después. En resumen, quiero inculcarles sabiduría.

Pero entonces, la sabiduría puede venir sólo en pequeñas dosis, y mucha de ella viene sólo a tiempo. No hay forma de adelantar el proceso.

3.

Y así llegamos a la historia de Salomón, el hijo de David, el rey de Israel.

¿Ha comenzado alguna vez el reinado de un gobernante con tanta esperanza y con tantas promesas, como el Salomón? Salomón amaba de verdad al Señor. Caminó con fidelidad y fue recto de corazón. Era un hombre de muchos talentos y reconoció que esos talentos, incluyendo el del liderazgo, eran regalos de Dios.

Y así sucedió que mientras Salomón dormía, el Señor mismo se le apareció en un sueño, diciéndole: "Pide lo que quieras que yo te dé" (v 5).

Parece que el Señor estaba tan complacido con Salomón que quiso darle un regalo inicial, algo para celebrar la coronación de Salomón como rey de Israel.

Hay una gran oportunidad, supongo, que cualquiera de nosotros desearía. Me recuerda la historia del hombre que frota la lámpara mágica y se le conceden tres deseos. Sólo que en este caso no es un cuento, es verdadero.

¿Y qué eligió Salomón? ¿Qué elegirías tú?

Sé que de niño pedía muchas cosas materiales, recuerdo pedir siempre una bicicleta, lo cual, como lo recuerdo, es gracioso, porque nunca me regalaron una bicicleta. Tal vez, si fuera rey, pediría por un largo reinado. Tal vez, pediría que la tierra fuera próspera y que no tuviéramos los problemas del Covid 19, no guerras, no hambre y por sobre todo muchas oportunidades para los jóvenes. Podría quizás pedir, algo de diversión, pediría un gran palacio, con piscinas y un spa.

Pero Salomón no pidió ninguna de estas cosas. En cambio, buscó, de todas las cosas, la sabiduría. Buscó el poder de discernir entre el bien y el mal, para poder gobernar a su pueblo de forma justa, de manera que beneficiara a su pueblo y complaciera a su Dios.

Y así, nuestro Señor concedió a Salomón la sabiduría, de la cual se comenta mucho, incluso hoy en día. Desde todos los rincones de la tierra, la gente venía a escuchar y aprender de Salomón, que no sólo sabía lo que era correcto, sino que también sabía cómo aplicar esa sabiduría en situaciones de la vida real.

Incluso la famosa reina de Saba viajó para escucharlo y poner tesoros a sus pies.

Y nadie que llegó a escuchar a Salomón se decepcionó, ya que tenía una forma de ver claramente y presentar la solución correcta.

Pensemos, por ejemplo, en las dos mujeres que vinieron a Salomón, cada una de las cuales afirmaba ser la madre del mismo niño. Salomón en su sabiduría decretó que el bebé fuera cortado en dos, sabiendo que la verdadera madre nunca aceptaría tal plan.

Pensemos también en ese Libro de los Proverbios, que, resume tan bellamente la sabiduría de Salomón, dando consejos prácticos a los jóvenes, especialmente cuando piensan en la vida que tienen ante ellos.

Pero, como sabemos, la historia de Salomón no terminó tan bien como empezó.

En poco tiempo, irónicamente, el príncipe de la sabiduría se convirtió en el rey de los tontos. ¿Qué ocurrió? Junto con la sabiduría, nuestro Señor le dio a Salomón gran riqueza y honor. Quizá esos honores terrenales fueron su perdición. Quizá el dinero y el poder se le subieron a la cabeza.

En su deseo de ampliar el reino y promover la diplomacia, Salomón tomó para sí muchas esposas que creían en muchos dioses falsos. Y el corazón de Salomón se volvió y empezó a olvidar al Dios que le amaba.

Y el gran rey Salomón, el hombre que construyó el templo del Señor, también construyó templos a las deidades paganas, incluyendo a Astoret la diosa de los sidonios y a Milcom la abominación de los amonitas.

El mismo Salomón cuya sabiduría salvó a un niño y lo puso con su madre legítima, ahora construía templos donde los niños eran sacrificados a los dioses paganos.

Oh, cómo caen los poderosos, y la grandeza de la sabiduría se convierte en locura.

2.

Salomón, que llegó a la cima de la sabiduría, cayó en las profundidades absolutas de la locura, otro líder tonto y corrupto.

Esto no era lo que Israel necesitaba. Israel necesitaba un nuevo rey, un mejor Hijo de David, uno que reinara con sabiduría y estableciera un reino que no cayera. Israel no sólo necesitaba un rey sabio, sino un rey que pudiera salvar a su pueblo de su propia locura autodestructiva.

Y así llegamos a nuestro Evangelio de hoy, donde se nos presenta al verdadero Hijo de David, nacido en Belén, la ciudad de David. Y se nos presenta cuando todavía era un niño, y el evangelista Lucas nos dice que este "crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría". Y la gracia de Dios era sobre él" (Lc 2, 40).

Este niño parecía estar lleno de una sabiduría muy superior en relación con sus años de vida.

Recuerdan la historia. Los padres de Jesús regresaban a casa desde Jerusalén cuando se dieron cuenta de que Jesús no estaba con ellos. Naturalmente, estaban preocupados y se apresuraron a volver a la ciudad.

¿Y dónde encontraron al niño Jesús? Estaba en el templo con los grandes maestros, escuchándolos y haciendo preguntas. "Y todos los que le oían se maravillaban de su entendimiento y de sus respuestas" (Lc 2, 47).

Ahora bien, aquí había esperanza y había sabiduría. Y Lucas nos dice que Jesús, el niño de doce años, "crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres " (Lc 2, 52).

Y ahora estamos tratando con un misterio. Jesús, de niño, crece en sabiduría y estatura. Y aún así, él mismo es la Sabiduría de lo alto. Él mismo es la Sabiduría eterna a través de la cual el mundo fue hecho.

¿Y cómo exhibió Jesús esa sabiduría? Lo hizo en su predicación. Se podría decir que se volvió casi salomónico.

Pienso, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña, donde Jesús predicaba, impartiendo la sabiduría de lo alto. ¿Y en qué consistía su sabiduría? La sabiduría de Eclesiastés. La sabiduría que fue impartida a Salomón sólo después de una vida de búsqueda de placer y poder.

Salomón, más tarde en su vida, ofreció este mensaje de sabiduría duramente ganada, la clase de sabiduría que no puede ser dada en un instante. Dijo, "Vanidad de vanidades. ...todo es vanidad" (Ecl 1:2).

Podemos afirmar que, a Salomón le fue dada la sabiduría de Dios, pero no se la dio toda de una vez. Tuvo que aprender por las malas que su enfoque había sido mal dirigido. Es decir, todo lo que el mundo considera importante, no lo es. Los reinos se levantan y caen, al igual que los reyes. La riqueza va y viene. No puedes llevártela contigo. El sabio muere igual que el tonto. Somos criaturas mortales, y habiendo salido del polvo, al polvo volveremos. La riqueza es fugaz y el honor es temporal.

Intenta hacerte famoso si quieres, pero la próxima generación te olvidará. La muerte, finalmente se lleva al príncipe y al indigente.

Lo único que importa, en última instancia, es el temor del Señor, la confianza en Dios, que es el único que puede salvar.

Jesús vino y ofreció su Sermón de la Montaña, diciendo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen y donde los ladrones irrumpen y roban". Y otra vez, " No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? (Mt 6, 19, 25).

1.

Veamos entonces, nuestro Señor mismo ofrece la verdadera y la definitiva sabiduría que Salomón buscaba. Busca primero el reino de Dios y su justicia. Luego, todo lo demás se añadirá en la vida venidera. Busca el tesoro celestial; sigue el camino de la sabiduría celestial. ¿Qué es el tesoro y qué es la sabiduría? Tal vez, en cambio, deberíamos preguntarnos "¿Quién?" Porque el Señor mismo es nuestro tesoro, y él es nuestra sabiduría. El Señor Jesús es el verdadero Hijo de David, que por la locura de la cruz nos ha salvado de nuestros propios caminos necios.

Podemos afirmar que, el mundo es insensato. Está atrapado en cosas que no duran, en metas que no tienen valor duradero. ¿Quieres dinero? No te hará feliz, y cuando mueras, los parientes y los abogados se las arreglarán para obtener su "justa" parte.

¿Quieres vivir una larga vida? Bueno, no se puede vivir tanto tiempo.

¿Quieres hacerte un nombre y ser famoso? Algún día, incluso los nombres de actuales famosos se olvidarán. Esa es la naturaleza de las cosas.

Pero nuestro Señor nos ofrece un reino mejor que el que gobernó el propio Salomón. Porque el reino de Dios, que viene a través de la predicación del Evangelio, nunca se desvanecerá ni caerá. El mismo diablo, con toda su furia, no podrá prevalecer contra él. El reino que Cristo proclama es eterno. La riqueza sólo da placer por un tiempo, pero el reino de Cristo trae la alegría eterna y nos quita todos los miedos, incluso el miedo a la muerte.

El mundo en su locura dice que la cruz es un signo de debilidad, un cuadro de vergüenza. El mundo quiere un rey vestido como el antiguo Salomón; se burla de un gobernante cuyo trono es la cruz y cuya corona está hecha de espinas.

Podemos afirmar que, el mundo está lleno de engañadores tontos, los que se creen tan listos. El mundo está lleno de hombres que se miran en el espejo y quedan impresionados por su propia sabiduría.

Pero la locura de la cruz es mayor que la sabiduría de los hombres, porque sólo en esa cruz de la vergüenza encontramos toda la gloria y el honor, y en esa muerte, encontramos nuestra vida.

Oh, ¿cuántas veces nos han llevado por mal camino, como a Salomón?

¿Cuántas veces hemos olvidado la sabiduría que tantos de nosotros aprendimos de nuestros padres?

Hoy, una vez más, se nos recuerda que el temor del Señor es el principio de la sabiduría. Y así, hacemos bien en escuchar la Palabra de Sabiduría.

Aprovechemos al máximo nuestro tiempo aquí. Trabajemos duro, pero luego usemos nuestro tesoro sabiamente, por el bien del reino, para la proclamación del Evangelio. El dinero va y viene, pero la Palabra del Señor permanece para siempre. Y sólo el Evangelio es la Palabra de la vida eterna.

Gracias a Dios, que nos dio a su Hijo, el Hijo de David.

Gracias a Cristo, el buen rey, la verdadera sabiduría, que en un tonto amor murió para que pudiéramos vivir, que pagó el precio de nuestra locura para que pudiéramos vivir para siempre en su reino. Amén.